

*Sr. Bascuñan:
Por encargo del Sr. Brunner
quien está en una reunión,
fuera de la oficina le envío
este documento.*

JOSE JOAQUIN BRUNNER RIED
PRESIDENTE
CONSEJO NACIONAL DE TELEVISION

1

Memorandum

A : Sr. Carlos Bascuñan
De : José J. Brunner
Ref. : Ideas para discurso
Fecha: 22 de marzo de 1993

Stop, Marzo 22 - 1993

ARCHIVO

Las universidades están entre las instituciones más antiguas de Occidente. Su historia es un testimonio del espíritu humano que busca conocer y formarse bajo los imperativos éticos de la verdad. A lo largo de los siglos, la universidad ha sido uno de los centros más activos de la vida intelectual de los pueblos. Su compromiso infaltable ha sido servir a la comunidad a través del conocimiento que ella descubre, conserva, refina, cultiva y transmite.

Hoy día Chile cuenta con un variado sistema de instituciones de educación superior, compuesto por universidades, institutos profesionales y centros de formación técnica. Son alrededor de 300 establecimientos, cuyo núcleo está compuesto por un grupo de universidades que el Estado apoya, contribuyendo de manera decisiva a su financiamiento.

¿Qué representan esas instituciones que el Estado contribuye a financiar?

Ellas son parte de la historia formativa de la Nación. En sus aulas se han graduado los profesionales que construyeron la infraestructura del país, levantaron sus empresas, administraron el Estado, organizaron los servicios de salud y educación y difundieron la cultura y sus valores.

REPUBLICA DE CHILE			
PRESIDENCIA			
REGISTRO Y ARCHIVO			
NR.	93/6024		
A:	22 MAR 93		
P.A.A.	<input type="checkbox"/>	R.C.A.	<input type="checkbox"/>
C.B.E.	<input checked="" type="checkbox"/>	M.L.P.	<input type="checkbox"/>
M.T.O.	<input type="checkbox"/>	EDEC	<input type="checkbox"/>
M.Z.C.	<input type="checkbox"/>		<input type="checkbox"/>

En estas universidades se ha iniciado y desarrollado la comunidad científica nacional; allí trabaja la mayoría de nuestros investigadores en todos los campos del saber. Ellas son, por este concepto, una pieza clave para la modernización del país y una puerta abierta hacia el mundo internacional de las ciencias.

Ellas proporcionan la casi totalidad de los programas de posgrado donde se forman los futuros docentes de la educación superior. Los niveles de calidad que ellas alcancen repercutirán por eso, mañana, a lo largo y ancho del sistema.

Por último, a través de esa red de universidades de vocación pública --cualquiera sea su naturaleza jurídica--, el Estado ha podido extender la educación superior desde Arica hasta Punta Arenas, creándose así en las regiones un foco de irradiación de la cultura y de preparación de profesionales del alto más nivel.

Hay quienes sostienen que no se justificaría que el Estado intervenga en la financiación de esas universidades. ¿Cómo, entonces, podría haberse desarrollado el país, difundido la formación profesional y científica y creado un variado sistema de instituciones privadas? En ninguna parte del mundo las universidades han podido establecerse y desarrollarse sin el apoyo decidido, y sostenido en el tiempo, del Estado. Incluso, las mejores universidades privadas de los Estados Unidos se benefician de cuantiosos contratos públicos de investigación y muchos de sus estudiantes pueden recurrir a becas o préstamos financiados mediante el presupuesto público.

Más bien, necesitamos preguntarnos qué obligaciones o compromisos contrae una

universidad al ser financiada en parte por el Estado.

Ante todo, debe servir al país. Su obligación es constituirse como una institución pluralista, que respeta todas las opiniones y actúe sin sectarismo de ninguna clase. Debe ser un fiel reflejo de nuestra sociedad, que se inspira en los valores de la democracia, en el respeto de los derechos individuales y en la búsqueda de un orden más justo para beneficio de las mayorías.

Debe ser una institución que aspire a realizar a través de todas sus actividades los ideales de la excelencia académica, reuniendo a profesores de probada calidad y los alumnos más talentosos y meritorios, independientemente de su origen familiar o social, de su ingreso económico y de sus convicciones.

Debe asumir una especial responsabilidad de eficiencia en el uso de los recursos que le proporciona el Estado, dando cuenta públicamente de su empleo y esforzándose por obtener el mejor rendimiento de ellos, de acuerdo a la naturaleza propia de las actividades universitarias.

Debe comportarse como un modelo para el resto del sistema de educación superior, por su espíritu de servicio, su libertad crítica, su respeto por los valores e instituciones democráticas y su constante vocación de abocarse al estudio y resolución de los grandes problemas del país, especialmente aquellos de la pobreza, la educación y el desarrollo.

Las universidades son, por su propia definición, universalistas en cuanto a los valores que movilizan y los conocimientos que producen y transmiten. Su misión es cultivar el saber sin fronteras, educar a todos quienes acceden a sus aulas, investigar con el

rigor de las ciencias, comunicarse con la academia internacional y nacional, y servir a la cultura que es la esencia de su función en medio de la sociedad.

Su universalismo no las conduce, sin embargo, a encerrarse en una torre de marfil. Todo lo contrario. Deben encarnarse, como cualquiera otra institución, e incluso más, en su tiempo y lugar. Ninguna gran universidad a lo largo de la historia --desde Boloña, Oxford, Salamanca hasta hoy en Harvard, Tokio o San Pablo-- ha sido una universidad ajena al destino de la comunidad en que se encuentra inserta. Ella vibra con los problemas de su época, reflexiona sobre ellos, los investiga y forma gente para abordarlos con los medios más avanzados del conocimiento y con la mejor inspiración ética que una sociedad logre reunir.

A medida que avanzan los procesos democratizadores y que los Estados buscan descentralizarse para que sus órganos estén más cerca de los problemas de la gente, ocurre que también la universidad tiene que hacerse más vitalmente parte del destino de su ciudad y región, sin perder de vista su carácter universalista y su compromiso con la tradición y los ideales de la institución.

En realidad, el camino de desarrollo de las universidades ha sido, frecuentemente, el partir de una base territorial reducida y desde ahí crecer en espíritu, sabiduría y capacidad de irradiación. Muchas de las más antiguas universidades no nacieron en la ciudad capital del reino, el imperio o la república. Tuvieron su origen, más bien, en pequeñas ciudades, que llegaron a ser grandes por el nombre de sus universidades, como ocurrió con Cambridge, Heidelberg, Boloña, Leiden, y más tarde con muchas de las mejores universidades de los Estados Unidos.

En las actuales condiciones del desarrollo de nuestro país, las universidades necesitan fortalecer y hacer crecer su compromiso regional. Su primera responsabilidad es con la gente de su medio, con sus anhelos de progreso en la vida y su esfuerzo por aumentar las capacidades económicas, sociales y culturales de su localidad.

Nuestra tradición político-cultural ha sido más bien centralista y de soluciones construídas desde arriba y aplicadas hacia abajo por la administración estatal. Todo eso está cambiando rápidamente. La democracia que con tanto esfuerzo hemos entre todos reconquistado y que estamos buscando consolidar con una inspiración ética de participación y justicia social, no nace desde arriba si no que emerge desde abajo, de las comunidades y asociaciones civiles, del municipio y la región. Algo similar ocurre con las nuevas tendencias de organización de la producción económica. Las empresas están empeñadas en desburocratizarse, suprimen jerarquías intermedias y las aplanan, tratando de aumentar la esfera de iniciativa de los trabajadores y mandos medios. Se cultivan organizaciones más flexibles, pues sólo de esa manera es posible innovar y generar un clima de trabajo más solidario y comprometido con la eficiencia de la empresa.

Las universidades necesitan caminar en la misma dirección, de modo de aportar sus múltiples recursos de inteligencia, conocimiento y de personal altamente calificado a la solución de los problemas de la comunidad local. Deben convertirse en el centro de una red que sirva para pensar los planes de desarrollo de la ciudad y la región, para investigar sobre las potencialidades de cada una, sobre cómo apoyar a las empresas y cómo servir a las comunidades más pobres. Su participación en el desarrollo regional debe ser continuo y no sólo esporádico, y debe mirar al mediano y largo plazo, pues si la universidad no se hace cargo de pensar el futuro, ¿quién podría

hacerlo en su reemplazo? Debe atender con especial sensibilidad a las necesidades de formación que existen en la zona, sin temor a innovar y a ofrecer nuevas carreras técnicas y profesionales que mañana serán requeridas para mantener la competitividad de la economía y para ofrecer soluciones a los nuevos problemas de la gente.

Bajo mi gobierno hemos dado a las universidades y demás instituciones de educación superior el respaldo más decidido. Hemos puesto fin a la intervención de su autonomía, apoyado su democratización e incrementado su financiamiento. Hemos aumentado los fondos destinados a la investigación científica y tecnológica y creado varias miles de becas para estudiantes de escasos recursos. Asimismo, al inicio de mi gobierno creamos una Comisión encargada de proponer al Poder Ejecutivo una reforma a la legislación vigente en el campo de la enseñanza superior, reforma que hoy se encuentra en trámite en el Congreso Nacional. La misma Comisión recibió el encargo de proponer una política de desarrollo de la educación superior durante los años noventa, cuyas recomendaciones han sido vitales para definir las orientaciones y adoptar las medidas de mejoramiento de la educación superior que impulsó el Gobierno.

La primordial responsabilidad sobre el desarrollo y destino de este sector recae, sin embargo, sobre las propias instituciones, sus rectores, profesores, alumnos y trabajadores. Nadie puede "forzar" a una universidad a ser libre, usar su creatividad con autonomía y a servir mejor a la comunidad. Sólo la propia institución puede investigar más, enseñar mejor y difundir con mayor amplitud la cultura en su medio. Sólo ella puede comprometer su trabajo de modo que apoye el desarrollo regional, haciéndose parte de las corrientes de progreso más profundas que emergen en diversos lugares del territorio nacional.

Al final, una universidad es mucho más, y algo distinto también, a una mera empresa de certificación educacional. Es una obra del espíritu y de la inteligencia que se encarnan socialmente en una institución donde se reúnen maestros y estudiantes para formarse en la comunicación de los saberes y hacer avanzar el conocimiento con la única meta de ponerlo al servicio de la comunidad. La universidad es una comunidad ética y académica, no una agencia estatal ni una empresa de negocios educativos. Es una forma de la historia, probada a lo largo de siglos, a través de la cual la humanidad ha mirado el cielo y escrutado sus misterios y, al mismo tiempo, ha investigado el mundo y lo ha transformado bajo el impulso del conocimiento, la técnica y la utilización de los saberes para construir una "buena sociedad".